

SØREN KIERKEGAARD

**POST SCRIPTUM**  
**NO CIENTÍFICO Y DEFINITIVO**  
**A «MIGAJAS FILOSÓFICAS»**

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2010

Esta obra ha sido publicada gracias a la ayuda concedida por el Danish Arts Council's Committee for Literature - Kunstrådets Litteraturudvalg.

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Traducción de Javier Teira y Nekane Legarreta  
sobre el original danés *Afsluttende uvidenskabelig Efterskrift  
til de filosofiske Smuler* (1846)

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2010  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563  
ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1756-7  
Depósito legal: S. 1612-2010  
Impreso en España / Unión Europea  
Gráficas Varona S.A.

# CONTENIDO

|                           |    |
|---------------------------|----|
| <i>Prefacio</i> .....     | 17 |
| <i>Introducción</i> ..... | 21 |

## Primera parte

### EL PROBLEMA OBJETIVO DE LA VERDAD DEL CRISTIANISMO

|  |    |
|--|----|
| CAPÍTULO 1. La consideración histórica .....                       | 35 |
| § 1. La Sagrada Escritura .....                                    | 36 |
| § 2. Acerca de la Iglesia .....                                    | 46 |
| § 3. La prueba de los siglos para la verdad del cristianismo ..... | 58 |
| CAPÍTULO 2. La consideración especulativa .....                    | 61 |

## Segunda parte

### EL PROBLEMA SUBJETIVO. LA RELACIÓN DEL SUJETO CON LA VERDAD DEL CRISTIANISMO, O LLEGAR A SER CRISTIANO

#### PRIMERA SECCIÓN. *Algo sobre Lessing*

|   |     |
|---|-----|
| CAPÍTULO 1. Expresión de agradecimiento a Lessing .....   | 71  |
| CAPÍTULO 2. Tesis posibles y reales sobre Lessing .....   | 81  |
| 1. El pensador subjetivo existente presta atención a la dialéctica de la comunicación .....   | 82  |
| 2. El pensador subjetivo existente, en su relación existencial con la verdad, es tan negativo como positivo, es cómico en la misma medida en que posee esencialmente pathos, y se encuentra constantemente en devenir, es decir, en tensión | 89  |
| 3. Lessing ha dicho que verdades históricas contingentes jamás pueden llegar a ser demostraciones de verdades eternas de razón .....  | 102 |

|   |     |
|---|-----|
| 4. Lessing ha dicho: «Si Dios tuviera empuñada en su diestra toda la verdad y en su siniestra el impulso siempre inquieto por buscarla... yo me inclinaría humildemente a su siniestra» ..... | 114 |
|---|-----|

SEGUNDA SECCIÓN. *El problema subjetivo, o cuál debe ser la índole de la subjetividad para que el problema pueda mostrársele*

|  |     |
|--|-----|
| CAPÍTULO 1. Llegar a ser subjetivo .....   | 133 |
| CAPÍTULO 2. La verdad subjetiva, la interioridad; la verdad es la subjetividad .....   | 191 |
| <i>Apéndice.</i> Ojeada a un esfuerzo contemporáneo en la literatura danesa .....  | 251 |
| CAPÍTULO 3. Subjetividad real, subjetividad ética; el pensador subjetivo .....   | 299 |
| § 1. Lo que significa existir; realidad .....  | 299 |
| § 2. Posibilidad superior a la realidad. Realidad superior a la posibilidad. La idealidad poética e intelectual; la idealidad ética ...  | 315 |
| § 3. La contemporaneidad de los elementos particulares de la subjetividad en el individuo subjetivo existente; la contemporaneidad como lo opuesto al proceso especulativo .....   | 338 |
| § 4. El pensador subjetivo; su tarea; su forma, su estilo .....  | 344 |
| CAPÍTULO 4. El problema en <i>Migajas</i> : ¿Cómo puede una salvación eterna construirse sobre el conocimiento histórico? .....  | 355 |
| <i>División I.</i> Para orientación en el plan de <i>Migajas</i> .....   | 355 |
| § 1. El punto de partida fue tomado en el paganismo, y por qué   | 355 |
| § 2. Importancia de un acuerdo previo sobre lo que es el Cristianismo antes de plantear cualquier cuestión relacionada con la mediación entre el cristianismo y el pensamiento especulativo; la ausencia de acuerdo favorece la mediación, aunque su ausencia haga de la mediación algo ilusorio; el seguimiento de un acuerdo previene la mediación ..... | 362 |
| § 3. El asunto en <i>Migajas</i> como asunto introductorio no del cristianismo, sino a convertirse en cristiano .....  | 374 |
| <i>División 2.</i> El problema en sí .....   | 378 |
| La salvación eterna del individuo se decide en el tiempo mediante una relación con algo histórico que además es histórico de modo que por su esencia no puede volverse histórico y consecuentemente debe volverse tal en virtud de lo absurdo .....  | 378 |

|  |     |
|--|-----|
| A. <i>Pathos</i> .....   | 380 |
| § 1. La manifestación inicial del pathos existencial, la orientación (el respeto) absoluta hacia el <i>τέλος</i> absoluto manifestado en la acción que transforma la existencia – Pathos estético – La mediación intoxicada de eternidad – El movimiento monástico de la Edad Media – Simultáneamente estar relacionándose absolutamente con el propio <i>τέλος</i> absoluto y relativamente con fines relativos .....   | 380 |
| § 2. La expresión <i>esencial</i> del pathos existencial: el <i>sufrimiento</i> – Fortuna y desgracia como visión de vida estética en contraste con el sufrimiento como concepción religiosa de la vida (ilustrado mediante el discurso religioso) – La realidad del sufrimiento (el humor) – La realidad del sufrimiento en el último estado como signo de que un existente se relaciona con una salvación eterna – La ilusión de la religiosidad – Probación espiritual – La base y el significado de sufrir en el primer estado: morir a lo inmediato permaneciendo en lo finito – Un divertimento edificante – El humor como lo incógnito de la religiosidad ..... | 421 |
| § 3. La expresión <i>decisiva</i> del pathos existencial es la <i>culpa</i> – Que la investigación retrocede en lugar de avanzar – El recuerdo eterno de la culpa es la máxima expresión de la relación de la conciencia de pecado con una salvación eterna – Expresiones inferiores de la conciencia de pecado y formas correspondientes de satisfacción – Penitencia por lo que uno ha hecho – Humor – La religiosidad de oculta interioridad .....  | 509 |
| La premisa intermedia entre A y B .....  | 537 |
| B. <i>Lo dialéctico</i> .....  | 543 |
| § 1. La contradicción dialéctica que constituye la ruptura: esperar una salvación eterna en el tiempo mediante una relación con otro en el tiempo .....  | 551 |
| § 2. La contradicción dialéctica de que una salvación eterna se basa en la relación con algo histórico .....   | 555 |
| § 3. La contradicción dialéctica de que lo histórico en consideración aquí no es algo histórico en sentido ordinario, sino que consiste en aquello que puede volverse histórico sólo en contra de su naturaleza; por consiguiente, en virtud del absurdo .....   | 559 |
| <i>Apéndice al apartado B.</i> El efecto retroactivo de lo dialéctico en el pathos que conduce a un pathos agudizado, y los elementos contemporáneos a este pathos .....   | 563 |
| a) La conciencia de pecado .....   | 564 |

|  |     |
|--|-----|
| b) La posibilidad de la ofensa .....                       | 566 |
| c) El dolor de la simpatía .....                           | 566 |
| CAPÍTULO 5. Conclusión .....                               | 569 |
| Llegar a ser o ser cristiano se define objetivamente ..... | 588 |
| Ser cristiano se define subjetivamente .....               | 591 |
| APÉNDICE. Un entendimiento con el lector .....             | 597 |
| Primera y última explicación .....                         | 603 |

# PRESENTACIÓN

Miguel García-Baró

Desde Sócrates y sus discípulos algo enloquecidos, los cínicos, no se había visto otra cosa en el panorama de la filosofía: un tratamiento de ella que llevaba por título no *Sistema* sino *Migajas*, como las que caen quizá de la mesa del rico porque a él le sobran y alimentan espléndidamente, en cambio, al pobre. Y estas *Migajas* muchos ricos filósofos no las habrían dejado entrar ni en los atrios de sus casas por descuido o caída, porque tampoco exactamente hablaban de lo que en sus banquetes se debe tratar, sino de los mismos temas que amaba Sócrates cuando bebía sin borrachera junto a los amigos más resistentes, en la madrugada: ante todo, del amor, de Dios, de la relación entre unos y otros hombres; y, desde luego, de la libertad y la desesperación, la paradoja y el escándalo, la exageración y el peligro. El amor y la libertad y Dios y el mal son precisamente los destructores de sistemas, los abridores de grietas, aquello que brinca en el panorama hermoso pero monocorde de la naturaleza en silencio. Y si a Sócrates los árboles y los ríos no le enseñaban gran cosa, el escritor de las *Migajas* mostraba siempre mucha prisa por escapar de ellos al paisaje de lo secreto. Y si Sócrates tenía dentro de su apariencia sorprendente muchos otros Silenos de formas varias, aunque empeñados en hablar siempre de lo mismo y en el mismo sentido, este autor de Copenhague, en la mitad del siglo XIX, era más bien Legión que un hombre solo, porque en el plazo de unos pocos meses redactaban por sus manos muchos autores diferentes.

El conocimiento, el afecto y la voluntad, en cuanto han recorrido el centro de sus dominios, vuelan hacia las lindes, se proponen las dificultades más extremas –y casi siempre retroceden luego, como después de un juego, al lugar seguro–. Pero alguno de los hombres

que llevamos dentro todos sin que nuestra piel ni nuestra alma se nos rompan, a veces intenta lo casi imposible y se detiene al borde del misterio, justamente donde no se puede estar sin recurrir a toda clase de expedientes para no perderse o para no retroceder.

Así era el Juan Clímaco que acompañó por un tiempo, sobre todo entre 1844 y 1846, a Søren Kierkegaard: ¡un antiguo escritor eclesiástico que vivió en torno al año 600 en el monasterio de santa Catalina del monte Sinaí! Y si ya era realmente mucho que reviviera en Kierkegaard este monje y que le legara unas *Migajas* de filosofía como él en su época había concebido un tratado ascético para escalar el cielo, aún fue mucho más todavía que lo obsequiara con un *Post Scriptum* incientífico a tales *Migajas*, de un tamaño seis veces al menos mayor que éstas (¿es que no es propio de las *Migajas* ser mucho más diminutas incluso que sus comentarios?). Un par de años después aún poseyó a Kierkegaard un cierto Anticlímaco, que se responsabilizó, claro está, de contar qué perspectiva se descubre a quien termina por realizar los movimientos paradójicos de la existencia que ningún Clímaco puede sino proyectar, comentar, sugerir. La escala, larga y mucho más complicada y mucho menos convencionalmente ascética en el siglo XIX en Dinamarca que en el siglo VII en el desierto, se ha dejado atrás y abajo, y el cielo tiene un aspecto tan misterioso que quien lee a Anticlímaco seguramente confundirá su entusiasmo con alguna melancolía sólo propia de los que están apenas empezando a poner en duda el Sistema y regresando a la existencia sin Sistema.

Kierkegaard convirtió en el problema de su vida entera (sólo vivible con tantas y tan variadas compañías interiores) el sentido de la eternidad. Mejor, mucho mejor dicho: no es que él convirtiera la eternidad en el objeto más hondo de su pensamiento, sino que la existencia se le volvió de pronto ansia de eternidad, y nada es más ambiguo que el ansia.

Ante el público, la ironía que lo terminó llevando a la muerte como había llevado a ella a su modelo, a Sócrates, fue insistir siempre, con todas sus voces y, al final, sobre todo, con los sermones en nombre y voz del mismo Søren Kierkegaard, en que nada es tan difícil como aquello que más fácil parece a los hombres de cada generación; y así, en su época, el ansia de la eternidad salió al público



en los libros que «editaba» y escribía Kierkegaard con el ropaje de la infinita dificultad de ser cristiano, justamente cuando se nacía cristiano y se moría cristiano sin el menor esfuerzo.

Naturalmente, Juan Clímaco, que analiza en la escuela de Lessing esta suprema dificultad de la decisión de existir en un tiempo visitado y urgido por la eternidad, encontró un primer amigo devoto en Miguel de Unamuno, que citó el *Post Scriptum* en tres momentos claves del capítulo VI del *Sentimiento trágico*: el titulado *En el fondo del abismo*. Los lectores incesantes de Unamuno hemos visto de muy jóvenes sus tomos daneses llenos de las anotaciones a fino lápiz, que señalan sobre todo cómo traducir ciertas palabras; y hemos abrigado la esperanza de poder algún día a colaborar, en la escasa medida de nuestras fuerzas, primero a publicar por fin una versión directa de este asombroso tratado de ontología con libertad y eternidad en medio, y luego, a no permitir que sus bromas, sus argumentos, su dolor, sus fintas, sus escapatorias fantásticas y su atención amorosa a cada recoveco de la vida se pierdan entre los ruidos y las imágenes de nuestras ciudades.



POST SCRIPTUM  
NO CIENTÍFICO Y DEFINITIVO  
A «MIGAJAS FILOSÓFICAS»

COMPILACIÓN MÍMICO-PATÉTICO-DIALÉCTICA  
UNA CONTRIBUCIÓN EXISTENCIAL

por  
JOHANNES CLIMACUS

Editado por  
SØREN KIERKEGAARD

Ἄλλὰ δὴ γ', ὦ Σώκρατες, τί οἶει ταῦτ' εἶναι ξυνάπαντα;  
κνίσματα τοί ἐστι καὶ περιτμήματα τῶν λόγων,  
ὅπερ ἄρτι ἔλεγον, κατὰ βραχὺ διηρημένα.

[Pues ciertamente, Sócrates, ¿qué crees tú que son todas estas palabras? Son raspaduras y fragmentos de una conversación, como decía hace un rato, partidas en trozos].

*Hippias Mayor, 304 a*

## PREFACIO

Tal vez sea raro hallar una empresa literaria tan satisfactoriamente favorecida por el destino como mis *Migajas filosóficas*. Aunque suelo ser receloso y parco a propósito de toda autocrítica y opinión propia, hay algo sobre el destino de dicha obrita que me atrevo a decir que es verdad sin dudarle, a saber: que no ha despertado ninguna sensación, absolutamente ninguna. Imperturbable y fiel a su lema («mejor bien colgado que mal casado»), el autor, colgado y bien colgado, en efecto, sigue colgando. Nadie, ni siquiera en broma, le ha preguntado quién es la persona por la que en realidad cuelga. Pero esto era justamente lo que deseaba, pues prefería estar colgado que emparentar sistemáticamente con todo el mundo por culpa de un matrimonio desgraciado. Confiado en la naturaleza de la obra, esto es lo que yo esperaba que sucedería; sin embargo, teniendo en cuenta la agitada efervescencia de la época, así como el incesante anuncio de profecías, visiones y especulaciones, temía ver mi deseo arruinado por culpa de un error. Y es que, aunque uno sea un viajero completamente insignificante, siempre resulta delicado llegar a una ciudad en una época en la que todos se encuentran sometidos a grandes tensiones y, no obstante, con las más dispares expectativas. Unos, con los cañones preparados y las mechas encendidas, con las pancartas y los fuegos artificiales preparados; otros, con el ayuntamiento adornado para la fiesta, los diputados en traje de gala y los discursos preparados; y otros, en fin, con la pluma de la sistemática necesidad en el tintero y el libro de notas abierto, a la espera, no vaya a ser que quien se había prometido que llegaría llegue de incógnito. Claro, siempre es posible un error, y en literatura los errores de esta naturaleza están a la orden del día.

Así que bendito sea el destino, pues tal cosa no sucedió. Sin necesidad de ninguna superación, sin ningún derramamiento de

sangre ni de tinta, dicha obrita ha pasado inadvertida, no ha sido reseñada ni mencionada en parte alguna. Ningún cotarro literario ha aumentado a su costa la agitación, ninguna alerta científica ha confundido a la muchedumbre expectante, ningún grito de vanguardia ha puesto en pie a la ciudadanía del mundo lector a su costa. Al ser la empresa en sí misma ajena a cualquier tipo de brujería, el destino la ha dispensado también de toda falsa alarma. De ahí que el autor se encuentre asimismo en la feliz situación de no deber nada a nadie *qua* autor. Pienso en los críticos, informantes, intermediarios, tasadores, etc., que son en el mundo literario como los sastres en la vida civil, capaces de «crear hombres»: al autor le ponen de moda, al lector le proporcionan un punto de vista y, gracias a su ayuda y pericia, puede un libro llegar a ser algo. Sin embargo, una vez más, con tales benefactores, como dice Baggesen, pasa como con los sastres: «Vuelven a matar a la gente con la cuenta que le presentan por su creación». Uno acaba por deberles todo y ni siquiera con un nuevo libro puede amortizar la deuda, pues la importancia del nuevo libro, en caso de que tenga alguna, se debe otra vez a la ayuda y a la pericia de tales benefactores.

Alentado por el favor del destino, me propongo, pues, continuar adelante. Sin que nada me moleste, sin que me apremie nada que tenga que ver con las exigencias de la época, dejándome llevar por completo por mi impulso interior, sigo como amasando los pensamientos hasta que estén bien de acuerdo con mi concepto de masa. Aristóteles dice en alguna parte que en su época se estableció la ridícula norma de que la narración tenía que ser rápida, y a continuación dice esto: «Viene al caso aquí la respuesta que se le dio a uno que estaba amasando cuando preguntó si debía hacer la masa dura o blanda: ‘¿Y no es posible hacerla bien?’». A lo único que temo es a la sensación que pueda causar, en especial a la que implica reconocimiento. Aun cuando la época sea tolerante, liberal y especulativa, aun cuando las sagradas exigencias de los derechos individuales sean defendidas por muchos portavoces queridos y saludados con aclamación, tengo para mí que no se comprende el asunto de manera suficientemente dialéctica, pues en caso contrario difícilmente se premiarían los esfuerzos de los elegidos con un júbilo tan estruendoso, con nueve hurras a media noche, y con procesiones y demás intromisiones perturbadoras de los derechos

individuales. Parece justo que todo el mundo tenga derecho a hacer lo que desee dentro de lo permitido, pero la primera intromisión tiene lugar cuando lo que uno hace obliga a otro a hacer algo. Por eso, cualquier manifestación de desagrado es tolerable en la medida en que no interviene, comprometiéndola, en la vida de otro. Si la muchedumbre le dirige a un hombre un «preat», esto no supone intromisión alguna en su libertad, ya que no se le exhorta a hacer nada, ni se le exige nada; es más, puede seguir impertérrito en el sillón de su cuarto, fumarse su cigarro, ocuparse con sus pensamientos, bromear con su amada, ataviarse cómodamente con su bata y dormir dulcemente sobre sus inexpertas orejas. De hecho, puede incluso ausentarse, ya que su presencia personal no es en absoluto necesaria. Otra cosa es cuando se trata de un desfile con antorchas, ya que si el homenajeadó se encuentra fuera de casa, tendrá que volver enseguida; si acaba de encender un delicioso cigarro, tendrá que dejarlo inmediatamente; si se ha ido a la cama, tendrá que levantarse inmediatamente para ponerse los pantalones a toda prisa y salir sin sombrero a pronunciar un discurso a cielo abierto. Y lo que vale para los individuos ilustres en relación con este tipo de manifestaciones multitudinarias, vale igual para nosotros, que somos gente humilde en circunstancias mucho más modestas. Un ataque literario, por ejemplo, no supone ninguna intromisión en la libertad personal del autor, pues ¿por qué no va a tener derecho cualquiera a expresar su opinión? Por lo demás, el agredido puede ocuparse de su trabajo sin perturbarse, puede rellenar su pipa, dejar el ataque sin leer, etc. El reconocimiento, en cambio, es más delicado, porque una crítica que lo saca a uno del mundo literario no es una intromisión, pero una crítica que le asigna un puesto siempre es inquietante. Si un paseante se ríe de uno, por supuesto, no le compromete a nada, al contrario, en cierto sentido se convierte en deudor suyo por haberle dado ocasión de reírse. Luego, cada uno sigue a lo suyo y no se preocupa de ninguna reciprocidad obligatoria o perturbadora. Si un paseante le mira a uno obstinadamente y le sugiere con el gesto que no lo encuentra digno de quitarse el sombrero, tampoco le compromete a nada, al contrario, le exime incluso de hacer algo: de la molestia de quitarse el sombrero. En cambio, uno no se libra tan fácilmente de un admirador. Sus cariñosos obsequios se truecan con facilidad en abundancia de órdenes

para el pobre admirado, y éste, antes de saber una palabra de nada, se encuentra ahogado de por vida bajo pesados impuestos y cargas, a pesar de ser más independiente que nadie. Si un autor toma prestada una idea de otro sin citarlo y, a partir de ese préstamo, comete algún error, ello no supone ninguna intromisión en los derechos individuales del otro. Ahora bien, si lo cita, quizá incluso con admiración, como aquel a quien debe tal error, entonces es cuando le importuna de veras. De ahí que, dialécticamente, la intromisión resida en lo positivo y no en lo negativo. ¿Qué hay de extraño en ello? Del mismo modo que esa nación amante de la libertad que es Norteamérica ha inventado el más cruel de los castigos, a saber, la pena de silencio, ha sido una época liberal y tolerante la inventora de la vejación más antiliberal de todas, a saber: los desfiles nocturnos con antorchas, la triple aclamación diaria, los nueve hurras para la gente prominente, y vejaciones análogas, aunque menores, para la gente humilde. Y es que el principio de sociabilidad es precisamente antiliberal.

Lo que aquí se presenta es de nuevo una obra *proprio Marte, proprio stipendio, propriis auspiciis*. En consecuencia, el autor es propietario, en cuanto poseedor, de la migaja que posee, si bien, por lo demás, se encuentra tan lejos de tener servidumbre como de estar él mismo sujeto a ella. Su esperanza es que el destino favorezca de nuevo esta pequeña empresa y, sobre todo, que evite la situación trágica de que haya quien la mire con profunda seriedad; o bien que llegue algún chistoso y, para hacer la gracia, haga creer a la época que se trata de algo importante, y luego abandone y deje al autor enredado como a aquel criado dejado en prenda.

Johannes Climacus